Don Gregorio Beeche (*)

La pasión bibliográfica y la solidaridad americana

Un notable artículo del Ministro argentino Dr. Enrique Loudet

Al Lic. don Octavio Beeche, gran amigo y gran costarricense.

La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la Plata ha dedicado el Tomo XXVI de su "Biblioteca de Humanidades" a la divulgación de la vida y la obra de un gran argentino: nos referimos a don Gregorio Beeche y los Bibliógrafos Americanistas de Chile y del Plata, obra que ha sido escrita por el distinguido y culto poeta y escritor argentino Rafael Alberto Arrieta.

Don Gregorio Beeche, abuelo del distinguido costarricense don Octavio Beeche, vino a la vida en Salta,—Argentina—en los albores del siglo XIX, pues nació el 9 de mayo de 1800. De él dijo el gran Sarmiento, ya en sus años gloriosos, en que no gastaba mucha cortesía con sus amigos:

"La civilización debe mucho a este colaborador silencioso". Y ya eso es algo, porque quien dijo esas palabras—hombre civilizado y civilizador a la vez—conocía a fondo a la persona a quien dedicaba el elogio.

Hemos tenido oportunidad de leer la obra del poeta Arrieta y ello nos da también para que podamos presentar a este culto público la estampa de un patricio, amigo y divulgador de la cultura, de quien arranca por la línea directa una de las más distinguidas familias costarricenses. El estudio que hemos tenido a la vista es completo. El autor sigue la huella a su héroe desde la adolescencia, en que le toca actuar en las montoneras, primero por la independencia de la patria argentina en contra de los españoles; por la defensa de los principios humanitarios y republicanos, después en plena tiranía de Rosas, en plena acción civilizadora, más tarde, en Chile, hasta su muerte. En 1825 contrae nupcias con doña Evarista Arana, en Chuquisaca. "Halló en élla—dice Arrieta—compañera amorosa, de grandes virtudes; la "Mujer fuerte" profetizada por la madre del rey Lemuel, más estimada que las piedras preciosas". Y con ella procrea una dilatada y honorable familia, que se dispersa, como el polen al viento, por diversos rumbos de América.

Lleva don Gregorio una vida de matices diversos. Es comerciante en Chuquisaca, y el comercio le da comodidades en ocasiones, pesadumbres en otras, natural consecuencia de la época azarosa en que vivió. Hacia 1830—apunta su amigo el chileno Benjamín Vicuña Mackenna—don Gregorio Miguel "había alcanzado puestos distinguidos en la ciudad de su adopción, pues aparece enrolado en las milicias con el grado de Capitán de la Guardia Nacional de

(*) En la *Revista de los Archivos Nacionales*, Año V, Nos. 1 y 2, publicamos una interesantísima carta de Don Eduardo Beeche Arana, hijo de Don Gregorio.

Chuquisaca y hacia 1831, "el Congreso boliviano le confería el señalado honor de nombrarle Síndico o Procurador General de aquella ciudad."

Un sonado fracaso comercial, del que sale con honor, le hace pasar a Chile. Las invasiones constantes del país, por parte de los revolucionarios, imposibilitan la rehabilitación de la sociedad comercial "Uriburu, Beeche y Cía.", y pasa a Chile, el país en donde habrá de ser miembro de la más brillante emigración argentina y de la cual él habrá de ser como el punto de convergencia y atracción de los compatriotas. Era por el año 1841, cuando Chile se encontraba atestado—10.500 argentinos marcó el censo de 1854—de la mejor generación que ha dado mi patria. Sarmiento y Alberdi eran los polos sobre los que giraba aquel mundo intelectual, que interfería la clara inteligencia del venezolano don Andrés Bello.

En pocas épocas Chile—y con ella ninguna nación del continente—ha registrado el movimiento intelectual como en ésta. Era como un crisol en el cual se aliaban y depuraban los más bellos y ricos metales. Era una efervescencia de ideas, era un alimentar de aspiraciones, era una como anunciación de la nueva era que habría de nacer precisamente de aquel intercambio humano. Y es en ese ciclo, y entre hombres de esa catadura espiritual y mental, en que a don Gregorio Beeche le toca la altísima honra de inaugurar una pasión más, que vendrá a emular a otros altos espíritus: la pasión maniática, podríamos decir de coleccionar libros. Acerca de este movimiento intelectual, ha dicho el gran chileno Lastarria, en sus recuerdos literarios:

"El movimiento político del año 1841 fué un verdadero despertar que marca en nuestra historia el momento en que acaba una época y principia otra nueva... Por aquel tiempo estaba ya entre nosotros la brillante emigración argentina". La juventud distinguida— prosigue el grande hombre—que poco antes estaba reducida al estrecho círculo de los retoños y de las criaturas de oligarquía dominante, había recibido un refuerzo numeroso con la nueva generación que se había educado por nosotros con otros principios y dintintas aspiraciones, y que sentía estimulada su actividad con el roce de la ilustrada y bulliciosa emigración argentina. El teatro, las tertulias, y en todas partes, principalmente en las reuniones privadas de los paseos, cobraban animación, hombres que se mantenían en algunos salones particulares, se hablaba de letras, de política, de progreso industrial. Pero en este comercio de franca y cordiales relaciones resaltaba siempre el elegante despejo y la notable ilustración de los hijos del Plata, causando no pocos celos, que ellos provocaban y excitaban, haciendo notar la estrechez de nuestros conocimientos literarios y en el apocado espíritu que los más distinguidos de nuestros jóvenes debían a su rutinaria educación."

Es la época de grandes polémicas. Las muy edificantes de Sarmiento con don Andrés Bello; la de Alberdi con Sarmiento; en la que nace el *Facundo*, que contagia de indignación al Continente contra el tirano Rosas. Ahí nacen las Bases para la Constitución Argentina, ahí. en fin, se fragua y se realiza el mayor movimiento porque de ahí arrancan las ideas motrices de un nuevo sentido político que, con el correr de los años, habrá de extenderse a todo el Continente.

Dentro de ese ambiente, don Gregorio Beeche se mueve como en el suyo propio. El atempera los ánimos de los muy cálidos, y exalta las pasiones de los muy frígidos. El hogar del grande hombre es el punto de reunión en donde se discuten todos los problemas atingentes a la Patria. Allí se discuten y fijan los diversos criterios literarios o filosóficos. Allí se comprueba, se aclara, se acepta o se amortaja cualquier descubrimiento histórico. Allí nacen o se insinúan ideas políticas, que más tarde, al correr el tiempo y cobrar fuerza, han de ir a servir de base a toda la estructura de la futura nacionalidad argentina. Analizar, por tanto, la vida de este preclaro varón es analizar e introducirse dentro de un gran período de historia de la nación Argentina y de Chile, porque en ésta su segunda Patria, hubo de remacharse para siempre y en ella cumplió su hermoso destino.

Unico, puente, por el cual puede viajar con frecuencia a su patria natal, es la corriente epistolar que mantiene con sus más dilectos amigos del Plata, y muy especialmente la que sostiene hasta su muerte con otro gran bibliógrafo Don Juan María Gutiérrez. Con don Juan María compartió, así como con Vicuña Mackenna, como con Barros Arana, como con Mitre, aquella pasión por los libros. El epistolario de los dos grandes hombres está lleno de consultas, de datos, de anécdotas sobre libros raros. Se gloriaba don Gregorio de poseer la más completa biblioteca de autores Americanos de su época, porque para obtener libros, folletos y periódicos de los diversos países del Continente, no escatimaba gastos. Tenía corresponsales en los diversos países del Nuevo Mundo con los cuales cambiaba obras, al igual que ahora estampillas los filatelistas—para su colección. En Costa Rica tenía en su hijo don Eduardo Beeche (padre de don Octavio) a un activo corresponsal, que le mantenía al día sobre las novedades literarias del país y del resto de Centro América. Era una fiebre la del viejo coleccionista, y cuando caía una joya en sus manos, uno de esos libros raros, polvorientos y llenos de telarañas, qué gozo y qué fruición. Con qué ternura desempolvaba el volumen y con cuánta delicadeza iba volviendo las amarillentas hojas! Tal debió acontecer a don Benjamín Vicuña Mackenna con un raro volumen que obtuviera, por una onza de oro, en una vieja librería madrileña, y que contenía dentro de sus 1.100 folios manuscritos, "La Historia de la conquista de la provincia del Paraguay, Río de La Plata y Tucumán", del jesuita Pedro Lozano, el cual aparecía fechado en Córdoba de Tucumán a 8 de junio de 1745, justamente diez años antes de que apareciera impresa la " Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Plata" obra descubierta por Vicuña Mackenna en Madrid, pero de la cual existía igual copia en Buenos Aires. Rara la historia del interesante manuscrito, que viajó perdido de un rumbo a otro, hasta volver mucho tiempo mas tarde a manos de su legítimo comprador y de las cuales, en el correr de los años, habría de pasar a las manos del señor Beeche para que, al enterarse de que su amigo don Andrés Lamas poseía una igual en Buenos Aires, escribiera decepcionado: "Conque Lamas tiene una copia del Padre Lozano? Si yo hubiera tenido una idea de esto, no le habría dado a Vicuña lo que le pagué por la que tengo". Que así era de celoso el viejo coleccionista . . .

Fué Vice-cónsul, primero; Cónsul, después; y Cónsul General en Chile más tarde, cuando se supo que ya no podía retornar a la Patria. Y así llenó a cabalidad, ya dentro del oficialismo, el cargo que siempre prestó en vida extraordinariamente, porque don Gregorio era en Valparaíso algo así como el apoderado paterno de los exilados argentinos. Distinguido de Sarmiento y de Mitre; distinguido de Alberdi y de don Juan María Gutiérrez; distinguido de Vicuña Mackenna y de don Diego Barros Arana; distinguido, en fin de todos los hombres representativos de su generación, tanto de Chile como de mi patria, don Gregorio llenó un papel de excepcional importancia conjuntamente con la brillante emigración a la cual se refiere Lastarria. A su muerte, ocurrida el 21 de enero de 1878, dejó una de las bibliotecas más famosas sobre asuntos americanos. Muy cerca ya del sepulcro ,escribía a su entrañable amigo Gutiérrez, (a quien no volvió a ver más desde los años brillantes de 1852): "aquí me encuentro siguiendo la misma vida. Ultimamente no he podido aumentar en gran cosa la biblioteca, habiendo caído bien pocos libros, a pesar de estar siempre a la mira de ellos". Y su amigo, su hermano en aficiones, expresaba: "Ahí! si lo pudiera tener a tiro con biblioteca y todo"! Y el deseo se cumplió, porque el 23 de febrero siguiente, es decir, un mes cinco días más tarde, de la muerte del señor Beeche, don Juan María era encontrado sin vida entre los polvorientos anaqueles de su biblioteca. Había seguido al amigo de su predilección, por los caminos de la Eternidad....

Así, en noble camaradería con los libros y con los amigos de los libros, vivió su vida y se alejó del mundo don Gregorio Miguel Beeche. Llenó su misión con amoroso entusiasmo, y fué, en todo instante, una lección viva de austeridad moral, de rectitud ciudadana y de acrisolado civismo. De él ha dicho su biógrafo, el poeta Arrieta a quien glosamos: "No tenía don Gregorio Beeche vértebra de siervo, y prefirió el peligro y la pobreza a la degradante sumisión. Padeció destierros locales, pero mantuvo su altivez moral, que es el mejor elogio que se puede hacer de un hombre."

Escribimos estas líneas a los 65 años de extinguida aquella vida ejemplar, en homenaje a Costa Rica, muy especialmente de nuestro amigo don Octavio Beeche, digno nieto de aquel ilustre varón. Escribimos pensando, en cómo resulta mezquino el sentimiento localista de algunos, cuando las familias van, insensiblemente y por medios sutiles, inadvertido al mediocre ojo humano, encandenándose de país a país, a pesar de las fronteras. Pensamos en cómo, sobre la soberbia y la mezquindad de los pequeños de espíritu, los otros, los humildes, los silenciosos, los de corazón ancho, van enhebrando pueblos en forma tan edificante y hermosa. Un sólo hombre, sin pensarlo, sin querelo, quizás ha ido, por los lazos de la sangre uniendo a argentinos, bolivianos, chilenos, costarricenses, y qué sabemos cuántas más nacionalidades, como para dar una última lección en su descendencia: una lección de solidaridad humana, que no se basa en una pasajera tendencia política, sino que cumple en silencio el mandato biológico de la especie, que es distenderse hacia todos los rumbos, amalgamarse

con todas las razas, multiplicarse y crecer, y hacer de la familia una sola entidad, una sola nacionalidad, una sola raza. Esa es la silenciosa lección que nos ha dado el gran don Gregorio Miguel Beeche, tronco robusto de una de las más honorables familias costarricenses; esa es la lección de aquel don Gregorio, tan amante de los libros, tan fanático de la cultura....

ENRIQUE LOUDET.

San José, 1943.

Libro copiador

de comunicaciones del Ministro General Saravia

Despacho de Guerra.—Año de 1842 (1)

(Continúa)

Nº 157. Al General en Jefe.

Dispone el General Jefe Supremo que al Capitán Sor. José Mª Zamora se le abone el sueldo que le corresponde, bajo la misma proporción establecida para los demás oficiales del Ejército.

Julio 1º de 1842.

Presupuesto que forma el que suscribe como Proveedor del Ejército Nacional.

Por cien frenos contratados con el maestro Sor. Jesús Guerrero a 4 reales .. .. "50"

Asciende a la cantidad de cincuenta pesos, ... $ 50,

los que recibí del Tesorero del Ejército. San José, Julio 2 de 1842=Manuel Zeledón=

Dése por la Tesorería del Ejército.=Saravia.

Nº 158. Al General en Jefe.

El General Jefe Supremo Provisorio se ha servido admitir la renuncia que con fecha 24 de Mayo hace el Sor. Miguel Herrera de oficial del 2º Batallón del Ejército Nacional.

Lo que participo a V. para los efectos que son consiguientes, suscribiéndome su atento servidor.

Julio 2 de 1842.

---

(1) Archivos Nacionales. S. A. Serie XII. Nº 9221.